

### Gregorio Martín

El padre de Gregorio Martín fue pastor en Corralleda hasta que la edad y el reumatismo le obligaron a abandonar el trabajo. Desde entonces vivía en el pueblo, en una casa de adobes muy pobre, del barrio alto, en la que se pasaba los días casi inmóvil, sentado a la puerta en una banqueta. Gregorio pasó su niñez en el monte con los pastores, y cuando su padre no pudo valerse, se colocó en Hontanar de mozo de labor en casa del Nicasio.

Era un mozo alto, muy delgado y parecía débil. Siempre estaba callado, pero no era hosco, y le gustaba hacer favores. Tenía una voz de bajo, muy gruesa, que chocaba con su aspecto y parecía pertenecer a un hombre más fornido. En las veladas de las noches de invierno, mientras el amo comía en una mesa volandera y toda su servidumbre charlaban, las mozas miraban a Gregorio y le encontraban interesante. Sin embargo, preferían retozar con los otros mozos, que las gastaban bromas muy fuertes y gustaban de hacer barbaridades que ellas recibían poniéndose muy coloradas y soltando grandes risotadas. Gregorio no parecía lamentar este alejamien-

to. Lo que más le gustaba era silbar los aires de su infancia que había aprendido en el monte entre los pastores. También amaba estar inmóvil. Los domin- gos por la tarde salía del pueblo y se tendía en algún ribazo colocando la chaqueta de pana debajo de su cabeza. Así pasaba las tardes, contemplando las nu- bes por entre las ramas de los árboles. Sabía tallar figuritas de madera muy lindas y las regalaba a las niñas del ama, que le querían mucho.

De vez en cuando, los amos le daban permiso para subir a su casa en Corraleda. Él iba a gusto por ver a su madre y su hermana. Con su padre no se entendía bien. A éste le disgustaba que su hijo fuese jornalero: despreciaba a todos cuantos no fuesen pastores. En sus conversaciones con el Quico, otro viejo pastor, convenían en considerar como un traidor al nacido en tierra alta que no fuese pastor y prefiriese bajar al llano a trabajar como jornalero. El Quico tenía fama de adivinar el porvenir, y era muy hábil en la predicción del tiempo, que anunciaba empleando palabras de su invención. Del oficio de pastor solía decir que era muy duro y daba poco, pero que no había otro como él en la tierra. Y los dos se pasaban el día entero a la puerta de la casucha.

La madre de Gregorio era una mujer alta, huesu- da, siempre de negro y con pañuelo a la cabeza. Te- nía unas manos grandes y fuertes, que contrastaban con su voz suave y sus ademanes dulces. Todo el día estaba trabajando en la casa, yendo por agua a la fuente, haciendo cestas de mimbre, lavando ropa de otras casas en el río. De joven fue muy guapa, y en el pueblo se aseguró que aprovechaba de mala manera las ausencias de su marido, que subía a la sierra to- dos los veranos. Tanto creció el rumor, que el cura pronunció un sermón contra la murmuración, pero extendiéndose sobre los que eran motivo de escán- dalo en frases llenas de alusiones. Por fin el viejo pastor se enteró, bajó del monte y dio a su mujer una

paliza bárbara, echándola de casa. Al día siguiente, dejó a su hija Marta, que era todavía muy pequeña en casa de una vecina, y se llevó a su hijo Gregorio al monte. Allí dijo a los demás pastores que su mujer era mala pero que sus hijos eran sus hijos.

La Marijuana, su mujer, comenzó a vagar por los pueblos cercanos, llevando una vida dura, haciendo toda clase de trabajos, durmiendo y comiendo de cualquier manera. Nunca pidió limosna, y siempre preguntaba con gran interés por su marido y sus hi- jos. Desde entonces, la gente simpatizó con ella y to- dos empezaron a decir que lo pasado era lo pasado y que ahora, a pesar de su vida irregular, era una mu- jer honesta. Un día se enteró que su marido estaba impedido, y no volvería a subir al monte. A los cua- tro días apareció en el pueblo. La gente la vio esca- lar la colina y acercarse a la casa en el momento en que el viejo arrastraba penosamente una banqueta a la calle para sentarse en ella. Marijuana cogió la banqueta, la puso a la puerta y se arrodilló para cal- zarla con unos cantos. Luego ayudó a su marido, que había quedado inmóvil mirándola, a sentarse, y le rodeó las piernas con su vieja manta, llena de agu- jeros. Ninguno de los dos dijo nada. Al viejo se le acentuó el temblor de las manos al sacar la yesca y encender el cigarrillo trabajosamente. La mujer en- tró en la casa y vio a su hija que cogía un cántaro para ir a la fuente. La besó y le dijo de irse a jugar. Ella se puso el cántaro a la cadera rodeándolo con un brazo y descendió la colina. La niña, que se había quedado asustada al ver a su madre, no se atrevió a ir a jugar y se asomó a la puerta viendo cómo se dirigía al pueblo.

Cuando Gregorio volvió del monte se encontró a la mujer en casa. Aunque sabía confusamente cuan- to se había dicho de su madre, se alegró de verla. La Marijuana tenía para sus hijos suavidades inespera- das, aunque no gustase de prodigarlas. En esta oca-

sión se limitó a besar a Gregorio, pero cuando el padre no pudo verlos, lo cogió con sus grandes manos, y lo apretó contra su pecho, silenciosamente. A Gregorio se le llenaron los ojos de lágrimas.

El cura nuevo, un hombre joven, pronunció el domingo un largo sermón sobre la vuelta del hijo pródigo lleno de simpatía hacia la oveja que volvía al redil y lleno de citas y metáforas que nadie entendió. Desde entonces, la gente del pueblo, encargaba a Marijuana mucho lavado de ropa y cestos y cuévanos, favoreciéndola cuanto podían.

Gregorio, en sus ratos de descanso, gustaba de recordar a su hermana María. Tenía por ella un suave y gran cariño, un sentimiento muy claro, al que gustaba entregarse; un sentimiento distinto de otros afectos familiares en los que había algo que no comprendía bien. El recuerdo de la madre carecía de los dulces incidentes que llenan las vidas infantiles y por eso el chico intensificaba la relación con la hermana. La veía esperarle a la vuelta de los pastos. Él la llevaba figuritas de madera, flores y a veces pájaros. Le parecía que ejercía sobre ella una cierta protección y este sentimiento le consolaba. La hermana le tenía un gran cariño y para él, en quien las vidas ajenas fluían muy poco, era agradable saber que significaba tanto en otra vida.

Un otoño cayó un gran aguacero que desbordó el río y se llevó una cerca. Durante algunos días las aguas turbias, de color rojizo, cubrieron el ojo del puente y arrastraron ramas y maderas que aparecían y desaparecían entre los remolinos.

Durante la tempestad Gregorio estaba en el campo, de donde volvió empapado en agua. A la noche sintió fiebre, y tuvo que acostarse. Al día siguiente tenía mucha temperatura y no se pudo levantar. Se llamó a don César, que lo examinó bien, y mandó a

Fontilla por unas medicinas, sin decir qué era lo que tenía. Sin embargo no ocultó que era serio y que no estaba de más avisar a la familia.

El ama lo sintió mucho y envió un propio a casa de Gregorio, a pesar de que no le agradaba el que viniese la Marijuana. Temía que la vieses sus hijas.

Aquella misma noche llegó la madre de Gregorio, que silenciosa como siempre, entró en la alcoba del enfermo y se sentó en su cabecera. Allí permaneció, mirando foscamente a cuantos entraban en el cuarto. El propio, que la había acompañado, se quedó en la cocina, calentándose en la chimenea, y contando a todos que el viejo no podía venir y la niña había quedado encargada de cuidarle. La pequeña — afirmaba — había llorado mucho y el padre, por su parte comentó que aquello no habría pasado si hubiese sido pastor.

A la madrugada, Gregorio se durmió, y la madre, que no había querido que nadie la reemplazase, permaneció despierta mirando fijamente la débil luz que entraba por las contraventanas. Así la encontró el ama cuando llegó a traer el desayuno. Al ofrecerle selo sintió cómo la más pequeña de sus hijas asomaba la cabeza por la puerta para preguntar por Gregorio. Marijuana se levantó, miró un momento al ama, y le dio las gracias por todo. Las prevenciones de ésta desaparecieron y se ofreció a cuidar al enfermo mientras la madre descansaba.

Gregorio estuvo a punto de morir, y durante muchos días don César entró en la casa mañana y tarde. Al fin fue reponiéndose lentamente tardando aún mes y medio en poder levantarse, sin que en ese tiempo la Marijuana saliese de la casa, dejando a su hijo tan sólo para trabajar en la cocina, el corral o en el horno. También hizo los nuevos cuévanos para la vendimia y repasó los viejos, sirviendo de mucho descanso al ama, que tenía gran confianza en ella. La pequeña María vino algunas veces trayendo reca-

dos del viejo, y regalos que éste mandaba al hijo, como un hueso de cordera cental del Quico, para que mejorase su enfermedad poniéndolo bajo la almohada y un cuchillito con mango de cuerno del que el padre no se había separado nunca. También mandaba tortas de las que hacían en el monte los pastores, pero como el Gregorio no las podía comer todavía, se repartieron a los otros mozos, que las encontraron muy duras y desabridas.

Por fin Gregorio se levantó. Apenas podía andar. Había quedado mucho más delgado y pálido. Sobre todo sus manos eran extrañas y parecían algo monstruoso: tan delgadas, finas y transparentes, y al mismo tiempo, llenas de callos que la inactividad no había podido borrar.

La madre se marchó al día siguiente, y dijo al ama que no podía pagarle pero que cuando la quisiese para algo volvería. El ama la besó antes de que montara en la caballería. Al día siguiente vino la hermana, que permaneció cinco días, haciéndose muy amiga de las niñas de la casa. Al poco tiempo, Gregorio volvió al trabajo. De la enfermedad sólo le quedó una tosecilla pertinaz y seca, pero que no le molestaba. Por otra parte —decían todos— nunca había sido muy fuerte, y bastante suerte era haber salido de aquella.

Llegó el verano. Se doraron los trigos y empezó la siega. Los segadores salían muy temprano. Al llegar al trigal empezaban a trabajar, hasta medio día, que llegaba una criada de la casa, llevando en un burro la comida para todos. Poco a poco, los mozos iban dejando atrás el rastrojo y devorando a grandes bocados el tapiz de mies como un gigantesco gusano. Detrás de ellos, iban quedando las gavillas en pequeños montones. Por la tarde las cargaban en los carros y las llevaban a la era, donde otros mozos las trillaban y aventaban, cantando y retozando con las mozas, que saltaban a veces al trillo y se paseaban

en él, dando vueltas sobre la parva dorada. Los cables de las mulas, los gritos de los segadores y las vueltas y vueltas sin cesar del trillo, que levantaba un rastro de polvo dorado, la luz del sol, se subían a las cabezas como un vino fuerte. Los trilladores agarraban a las mozas por la cintura y éstas, encendidas, se desasían entre risas y gritos. Al anochecer a la luz de las primeras estrellas, volvían todos por el camino en cuesta, llegando al pueblo ya de noche.

Uno de los últimos días de siega, Gregorio sintió la tosecilla que no le había abandonado desde su enfermedad, y en seguida, algo cálido y viscoso en la boca. Escupió y vio en tierra, una mancha rojiza, como una amapola. Entrojeció súbitamente y con el pie enterró y pisoteó la mancha. Le temblaba la mano cuando volvió a empuñar la hoz y estuvo a punto de cortarse. Sin saber por qué, le parecía que aquello era un crimen contra el cielo azul y el sol resplandeciente, algo nefando que había que ocultar, y que le separaba de todos.

Al reanudar el trabajo, al sentir el peso del sol en sus espaldas bañadas de sudor, y las asperezas de los tallos en sus manos, le pareció que el incidente sólo había sido un mal sueño y le quitó importancia. Sin embargo, cuando la bota de vino en la ronda llegó a sus manos, la pasó al compañero sin beber. Desde aquel día llevó siempre un gran pañuelo de hierbas que cada vez necesitaba con más frecuencia. Él mismo lo lavaba en el río en sus solitarios paseos del atardecer; y nadie advirtió su problema. Quizá le gustaba más que antes estar solo. Y al ama le pareció que Gregorio ya no jugaba tanto con sus hijas y empezó a preocuparse. Decidió consultar a don César y éste recomendó unos días de descanso en el hospital de Soria. Gregorio palideció al oír el consejo. El amo prometió hablar con el alcalde que tenía un amigo en la diputación y no le sería difícil conseguir una cama. Gregorio con la boina en la mano

escuchaba sin poder contestar. Ellos lo harían con gusto —prosiguió el ama— porque le tenían ley. Mientras tanto, lo mejor era que marchase a su casa, donde le pagarían el jornal mientras lo admitían en el hospital. Tenía que animarse, qué leñe, y al poco tiempo volvería otra vez fuerte y valiente y se casaría con una buena moza.

Gregorio marchó a su casa sin aceptar su jornal. Al llegar lo contó todo. María se le quedó mirando con unos ojos muy abiertos. El viejo refunfuñó por lo bajo. La madre permaneció en silencio. Pero aquella noche se levantó tres veces a escuchar la respiración de su hijo, inclinada sobre su cama.

A los pocos días llegó el aviso de su admisión en el hospital y Gregorio marchó a Soria.

Pasado un mes, le dijeron en el hospital que no podía permanecer más tiempo allí. Le aseguraron que estaba mejor y que podía volver a trabajar. Él se encontraba más grueso y escupía sangre con menos frecuencia. Creyó lo que le decían y deseó volver al hogar del que apenas había tenido noticias.

Aquella misma noche emprendió el viaje en un carro que pasaba por Corraleda. Permaneció tendido sobre los pellejos de vino, contemplando la infinita profundidad de la noche estrellada, sin ver nada a su alrededor, como en la cima del mundo; sólo las ramas de algunos árboles que se curvaban sobre su cabeza y se alejaban después de haberse entretreído con la luz de los astros. Así marchó, envuelto en el chirrido del carro y el olor agrio de las corambres y las heces de vino, olvidado de todo, sin poder dormir. Al amanecer, un frío penetrante le produjo malestar y se envolvió en la manta. Se sentía débil y se durmió pronto.

En su casa pasó dos días de una felicidad insospechada. Se sentía profundamente niño, infantil. Los cuidados de la madre, los juegos de la hermana, las charlas del padre y, sobre todo, sus paseos por el río,

le producían gran placer. Lloraba a menudo sin saber por qué.

Pasados los dos días se hizo preciso decidirse y hacer algo. Su padre le dijo que, puesto que estaba bueno, era natural que volviese al trabajo. Se decidió, a pesar de los lloros de María, que sentía perder a su compañero de juegos; y a pesar de que su madre, cuando se hablaba de la marcha, permanecía extrañamente silenciosa.

Una mañana salió camino de la casa del amo. Iba alegre, liberado del peso de la inacción. Desde el recodo del camino vio la iglesia de Hontanar y este descubrimiento le produjo extraordinaria felicidad. Se miró las manos y siguió caminando impaciente ya por llegar.

Las niñas del ama estaban jugando a la puerta y al verle, corrieron hacia él llamándole a gritos. En aquel mismo momento salió la madre y las llamó con tan fuertes voces que éstas se detuvieron. La madre las alcanzó y tomándolas por los hombros, una a cada lado, se acercó a saludar a Gregorio y le invitó a pasar. Éste lo hizo, y mientras cruzaba el sombrío portal, empedrado de guijas y lleno del olor de la cuadra próxima, sintió como el corazón le latía apresurado y la sangre se le subía a la cara. No hizo el menor ademán para besar a las niñas y vio en la cara de la madre agradecimiento y compasión.

Subió luego la estrecha y oscura escalera, abrió una puerta con gatera, y entró en la ancha cocina: todos le saludaron cortésmente, y le cedieron amplio asiento en los bancos de nogal. Demasiado apresuradamente, pensó Gregorio y ante la mirada esquiva de los otros palideció.

Estaba solo. Sintió esa certeza de tan profunda y dolorosa manera que sólo por un tremendo esfuerzo pudo evitar que se le soltase el llanto. Dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, tan irremediablemente

como si hubiese perdido la vida un segundo. Le hubiera gustado dejarse caer allí, acurrucado y llorar.

En un instante recordó su vida infantil, que se le aparecía ahora vívidamente, en medio de su debilidad. Y se acordó de su padre, el viejo pastor, que después de haber estado, a través de su sangre, luchando miles y miles de años con nieves y tormentas y lobos y cansancios, se había hecho como tallado en madera. Si temblaban sus manos, era porque también se estremecen las hojas. Y ahora, como un árbol, como una oveja de cara paciente y dulce, aguardaba su fin. Sin resignación porque sabía que estaba viviendo y que el morir de las ovejas, y de los árboles y de los hombres, es el vivir. El fin... ¡Dios mío, sí, pero no así! No le importaba el final pero le dolía que fuese como el de un arbolillo desgajado por el huracán, como el del cordero caído por el barranco. Su padre tenía razón. Él no debía haber dejado de ser pastor. Quiso alterar el mundo y he aquí el resultado. Pero ¿podía haber hecho otra cosa?...

Se dio cuenta de que el amo estaba hablándole quizá hacía mucho tiempo. Y de que él bajaba la cabeza y afirmaba sin saber a qué. Y de que el ama le miraba con los ojos cargados de lágrimas. Y que la cocina estaba vacía y las palabras del amo retumbaban sonoramente.

—... por eso, Gregorio, aunque nosotros te apreciamos y te tenemos ley, sin hacer de menos a nadie, pues hemos pensado...

Y continuaban los circunloquios y las expresiones confusas. Le parecía que estaba ante su juez.

—... y ya habíamos tomado a otro porque como tardabas tanto...

No, eso no, no quería compasión. Y sonriendo contestó:

—No, si yo venía por el aquel de verles a ustedes y darles las gracias por todo. Pero no quería volver al trabajo. Tengo que echar una mano en casa. Mi her-

mana tiene que ir a la escuela y mi madre va haciéndose mayor...

Acumulaba razones apresuradamente. El amo se levantó.

—Pues ya que así se arregla todo a gusto de todos es mejor.

El ama trató de sonreír.

—Pero ya te llamaremos, hombre. Para la vendimia vendrás y llevarás a mis dos hijas a la viña. A la Luisa no la vas a conocer, porque la vamos a poner de moza.

Al despedirse el ama le puso en las manos una canasta con huevos, manteca y unas peras.

—Para tu madre.

Cuando llegó al recodo vio la figura que se escondía. La Luisa, toda encendida, cogidas las manos detrás de la espalda, le miraba...

El camino de regreso se le hizo doloroso y largo. Su debilidad, su ternura, se habían acentuado. Ahora, hasta le parecía notar unas extrañas punzadas en el costado, y tuvo que tenderse un rato a descansar en un ribazo.

Allí se fue calmando su excitación. De pronto, le invadió una tremenda cólera contra todo, pero poco a poco volvió a pensar en aquella irremediable soledad y en su sueño suave en el regazo de su madre.

Se tendió, y como en otros tiempos, colocó su chaqueta de pana, cuidadosamente enrollada, bajo su cabeza. En el cielo grisáceo, arremolinadas nubes oscuras se deshacían. A la derecha, la cima de un álamo se curvaba graciosamente a un lado y a otro a impulsos del viento que comenzaba a levantarse. Desde muy alto, vio descender una hoja amarilla que al caer se posó en su pecho. En el árbol, un pájaro hacía oír un graznido agresivo y desagradable. «El corujo despierto, el verano muerto.»

En su mejilla cayó una gruesa gota. Se levantó y se puso la chaqueta. Reemprendió el camino y huyó de prisa, de prisa. Como si le persiguiese una implacable sinfonía, que a veces parecía mitigarse y ser como las melodías de flauta que había oído en su niñez a los pastores, y otras veces era agresiva y condenatoria como el graznido del corujo.

Cuando llegó a Corralada, el cielo seguía tempestuoso, pero después de aquellas primeras gotas amenazantes, la tormenta parecía más lejana. Al llegar a las proximidades de su casa se detuvo. Tenía que recobrar el aliento antes de llegar.

En la puerta de la casa, la hermana sentada en una silla junto al padre. Él se apresuró a explicar, velozmente, como excusándose:

—Han tomado un temporero hasta fin de semana... Entonces volveré... Estaré sólo unos días...

No parecían haber notado nada. La madre cogió el cántaro y dijo que iría a por agua antes de que descargase la tormenta. El viejo dijo a la niña que debían entrar y ésta le ayudó a hacerlo.

No habían notado nada. Gregorio suspiró de alivio. Pero no podía seguir allí. Estaba solo y siempre estaría solo. Volvió la espalda a la casa y emprendió el camino, extrañándose de no llorar.

Torció a la izquierda para no pasar por el pueblo. En la fuente estaría su madre, esperando encontrarle a la vuelta. No quería verla. No quería decir nada. Saldría a la altura de aquellos álamos que se balanceaban fuertemente bajo el viento impetuoso, al camino de Ferreda. Una vez en aquellos álamos nadie le vería ya.

Pero en aquellos álamos estaba la Marijuana. Y Gregorio Martín al verla, palideció y apretó rabiosamente los dientes y los puños. No debía llorar, no debía hacer ver que estaba tan débil. Pero ¡sería tan dulce reclinar la cabeza en el amado regazo!

—¡Hijo!

Era maravillosa la dulzura de la voz de la Marijuana en aquel momento, aunque siempre, para dirigirse a sus hijos, lo había sido. Gregorio Martín se abrazó a su madre y sintió las primeras lágrimas resbalar por sus mejillas. Pero sintió tan gran consuelo, sintió tan abandonado su dolor, que cesó su llanto. No, no. Nada podía alterar su soledad.

Incapaz de mirar a su madre se desenlazó de ella y emprendió el camino. A su espalda, la Marijuana le llamó. Le llamó con el nombre que nunca le había dado. Con el nombre que sólo la pequeña María conocía y que nunca había sido pronunciado delante de la madre.

—¡Goro!

Tuvo miedo. Miedo de volver. Tuvo miedo de los hombres que le cedían el sitio, de los amos que le llamarían nada más que para la vendimia. Tuvo miedo de la Luisa, a la que iban a poner de moza y que no le había besado. Estaba solo y no tenía remedio. Y con la más aguda pena en el pecho echó a correr tan deprisa, que pronto su madre dejó de oír el ruido de sus botas claveteadas contra el suelo.

Y la Marijuana se dejó caer a tierra, doblando débilmente las rodillas, bajando la cabeza sobre el pecho y contemplando, a través de sus lágrimas, sus manos tan grandes, tan huesudas, tan desproporcionadas y tan inútiles para hacer compañía a su hijo, que estaba tan irremediablemente solo.